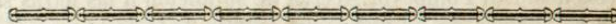


ca se hace uno mejor amigo que á la muerte : y la mezcla de la voz designa un enemigo medo : porque el ejército de los Medos se compone de Griegos y bárbaros. Despues de este ensueño, estando el mismo sacrificando á Baco, dividió el sacerdote la victima, y la sangre ya cuajada la fueron llevando poco á poco unas hormigas, poniéndola pegada en el dedo grande del pie de Cimon, sin que esto se advirtiese por algun tiempo; pero cabalmente al mismo echarlo de ver, vino el sacerdote mostrándole el hígado sin cabeza. Mas con todo no pudiendo desentenderse de la expedicion, siguió adelante, y enviando sesenta naves al Egipto, navegó con todas las deffias; y venciendo la armada del Rey compuesta de naves de la Cicilia y la Fenicia, ganó todas las ciudades de Chipre, amagando á las de Egipto, siendo su ánimo nada menos que de destruir todo el imperio del Rey : mayormente despues de haber entendido que era grande el poder y autoridad de Temístocles entre los bárbaros, y que habia ofrecido al Rey, al mover guerra á los Griegos, que él iria de general. Pero se dice que Temístocles, como desconfiase de poder salir bien en las cosas de los Griegos y mas todavía de superar la dicha y esfuerzo y destreza de Cimon, se quitó á sí mismo la vida. Preparados así por Cimon los principios de grandes combates y manteniéndose con su escuadra á la inmediacion de Chipre, envió mensajeros al templo de Amon á inquirir del Dios cierto oráculo oscuro : pues nadie sabe determinadamente á qué fueron enviados. Ni tampoco el Dios les dió oráculo alguno, sino que al tiempo mismo de acercarse mandó que regresaran los de la consulta, porque él tenia ya consigo á Cimon. Oyendo esto los mensajeros, bajaron al mar, y cuando llegaron al campo de los Griegos, que ya estaba en el Egipto, supieron que Cimon habia muerto; y computando los días que pasaron cerca del oráculo, reconocieron habérseles dado á entender la muerte del caudillo, con decirseles que ya estaba con los Dioses.

Murió teniendo sitiado á Cicio, de enfermedad segun los mas; aunque algunos dicen que fue de una herida que recibió combatiendo con los bárbaros. Al morir encargó á sus subalternos que al punto dieran la vuelta á casa, ocultando

su fallecimiento : así sucedió, que no habiéndolo entendido ni los enemigos ni los aliados, hicieron con seguridad su regreso, acaudillados, como dice Fanodemo, por Cimon, que hacia treinta días estaba muerto. Despues que él falleció ya nada de entidad se hizo contra los bárbaros por ninguno de los capitanes griegos; sino que armados unos contra otros, por las instigaciones de los demagogos y de los fomentadores de discordias, sin que nadie se pusiera de por medio para contener sus manos, se despedazaron con guerras intestinas, dando respiracion al Rey en sus negocios, y causando una indecible ruina en el poder de los Griegos. Ya mas tarde Agesilao, llevando sus armas al Asia, dió algun paso en la guerra contra los generales del Rey; pero sin haber hecho nada grande ó de importancia. Llamado otra vez por disensiones y disturbios de los Griegos, que de nuevo sobrevinieron, se retiró, dejando á los exactores de los Persas en medio de las ciudades confederadas y amigas; cuando no se vió que ni un mal correo ni un caballo se acercara á aquel mar, ni á cuatrocientos estadios, durante el mando de Cimon. Haber sido sus despojos traídos al Atica lo atestiguan los sepulcros que aun hoy se llaman Cimoneos. Tambien los Citienses honran un sepulcro de Cimon, por haberles encargado el Dios en cierta hambre y esterilidad, segun dice el orador Nausicrates, que no se olvidaran de Cimon, sino que le dieran culto y lo veneraran como aun ser supremo. Tal fue el general griego.



## LUCULO.

El abuelo de Luculo habia obtenido la dignidad consular, y era tío suyo por parte de madre Metelo el llamado Numidico; pero su padre habia sido condenado en causa de soborno, y su madre Cecilia estaba notada de vivir con poco recato. La primera obra por donde Luculo se dió á conocer antes de pedir magistratura ninguna, y antes de tomar par-



te en el gobierno, fue la de hacer juzgar al acusador de su padre, Servilio el agorero, que habia malversado los caudales públicos : accion que á todos los Romanos les mereció elogios, teniendo siempre en la boca aquel juicio como una muestra de virtud. En general el hecho de acusar, aun sin particular motivo, no era entre ellos mal mirado ; sino que se complacian en ver á los jóvenes perseguir á los malos, como á las fieras los cachorros de buena casta. Excitó tanto la curiosidad aquella causa, que en fuerza del concurso hubo caidas y algunos heridos ; pero Servilio fue absuelto. Habíase ejercitado Luculo en hablar corrientemente ambas lenguas, griega y latina : así es que Sila, al escribir sus propios hechos, le dirigió la palabra, como á persona que sabia disponer y ordenar la historia con mayor perfeccion : porque su pronto y buen decir no se limitaba al uso preciso, á la manera de quien

El foro agita, cual atun las ondas,

y despues fuera de la plaza

En seco muere con trabada lengua ;

sino que siendo todavía joven, habia adquirido ya, atraido de su belleza, aquella educacion esmerada, que se llama liberal. De anciano enteramente dedicó su ánimo, fatigado de tantas contiendas, al ejercicio y recreo de la filosofía, entregado á la investigacion de la verdad, por haber dado de mano en oportuno tiempo á la ambicion, á causa de su desavenencia con Pompeyo. Acerca de su aficion á las letras se refiere ademas de lo dicho que siendo todavía mozo, con ocasion de cierta disputa que tuvo con el jurisconsulto Hortensio y el historiador Sisena, la que vino á hacerse un poco seria, se comprometió á escribir la guerra Marsica en verso ó en prosa en griego ó en latin, segun lo declarase la suerte ; y parece que esta determinó que fuera en prosa griega, pues que dura aun hoy una historia de la guerra marsica escrita en esta lengua. Son muchas las pruebas que hay del amor que tenia á su hermano Marco ; pero los Romanos conservan sobre todo la memoria de la primera ; y es que con ser

él de mas edad entre los dos, no quiso tomar parte solo en el gobierno ; sino que esperó á que este se hallara ya en sazón, y entonces ganó de tal manera la aficion del pueblo, que juntos fueron nombrados ediles, sin embargo de que él se hallaba ausente.

Era todavía joven al tiempo de la guerra marsica ; y dió ya en ella muchos ejemplos de valor y de prudencia ; pero las calidades que Sila apreciaba mas en él, eran su entereza y atabilidad : así le empleó desde el principio en los negocios que pedian grande diligencia, de los que fue uno el cuidado de la moneda. Por tanto él fue quien en la guerra mitridática acuñó la mayor parte ; la cual de su nombre se llamó Luculeya, y por mucho tiempo se empleó en los continuos cambios de los soldados para proveerse de lo necesario. Despues de esto, vencedor Sila por tierra en Atenas, como los enemigos le tuviesen cortado por el mar, en el que dominaban, y le interceptasen los víveres, llamó á Luculo del Egipto y la Libia, mandándole venir de allí con sus naves. Era esto en el rigor del hibierno, y con tres barcas griegas y otras tantas galeras rodias de dos bancos se arrojó al gran mar por entre las naves enemigas, que por lo mismo que dominaban, discurrían libremente por todas partes ; y sin embargo aportando á Creta, la agregó á la república ; y hallando á los de Cirene en estado de insurreccion, con motivo de sus continuas tiranías y guerras, los sosegó y arregló su gobierno, trayéndoles á la memoria aquella sentencia de Platon, que fue una especie de profecía. Porque rogándole, segun es fama, que les dictase leyes y diese á su pueblo una forma de prudente y justo gobierno, les respondió que era muy difícil dar leyes á los Cireneos mientras estuviesen en tanta prosperidad ; pues nada hay mas indomable que un hombre engreido con su dicha ; ni á la inversa nada mas dócil que el abatido por la fortuna : que fue lo que entonces hizo á los Cireneos sumisos á su legislador Luculo. De allí volviendo á hacerse á la vela para Egipto, perdió la mayor parte de sus barcos, tomándose los piratas ; mas él se salvó, y fue magníficamente recibido en Alejandria, porque le salió al encuentro toda la armada, adornada pri-



morosamente, como se ejecuta cuando navega el Rey; y Tolomeo, que era aun muy mozo, sobre manifestarle en todo el mayor aprecio, le dió habitacion y cumplido hospedage en su palacio, lo que nunca antes se habia hecho con otro general extranjero que allí hubiese arribado. En cuanto á la comida y demas gastos, no se le dió lo que á los demas, sino el cuádruplo; de lo que él sin embargo no consumió mas que lo preciso ni recibió los presentes que se le enviaron apreciados en ochenta talentos. Dicese que ni subió á Menfis, ni vió ninguno de los prodigios tan admirables y celebrados del Egipto, diciendo que estos eran espectáculos de gente desocupada y divertida; y no como él que habia dejado á su Emperador al raso, acampado en las mismas fortificaciones de los enemigos.

Retiróse Tolomeo de la alianza, temeroso de tener que hacer la guerra; y no obstante esto le dió naves que le acompañasen hasta Chipre; y saludándole y obsequiándole en el mismo puerto, le regaló una esmeralda engastada en oro de las mas raras y preciosas; y aunque al principio se negó á admitirla, haciéndole ver el Rey que estaba gravado en ella su retrato, temió rehusarla no se creyera que se retiraba enteramente enemistado y se le persiguiese en el mar. En la misma navegacion fue reuniendo gran número de naves de las ciudades litorales, á excepcion de las de aquellos que estaban dados á la piratería; y dirigiéndose á Chipre, como allí se le asegurase que hechos al mar los enemigos le estaban esperando en los promontorios, retiró todas las lanchas, y escribió á las ciudades hablándoles de hibernaderos y de víveres, como que allí habia de pasar la estacion; mas luego que tuvo viento, levantando áncoras, se hizo de repente á la vela; y navegando de dia con los lienzos recogidos, y tendidos de noche, aportó salvo á Rodas. Proporcionándole naves los Rodios, persuadió á los de Coos y Gnido que abandonando el partido del Rey, se le reuniesen para militar contra los de Samos. De Quio arrojó por sí mismo á las tropas del Rey, y dió libertad á los Colofonios, apoderándose de Epígono su tirano. Ocurrió por aquel mismo tiempo el que Mitridates abandonase á Pérgamo reducido á

arrinconarse en Pitane: y como allí le tuviese encerrado y sitiado Fimbria, puso toda su atencion y consideracion en el mar, juntando y enviando á llamar las diferentes escuadras que por todas partes tenia, desconfiado enteramente de poder combatir y venir á las manos con Fimbria, hombre de suyo arrojado y que se hallaba vencedor. Previólo este, y hallándose sin armada, envió mensajeros á Luculo, rogándole que viniera con su escuadra y le ayudara á acabar con el mas contrario y mas guerrero de los Reyes: no fuera que de entre las manos se le escapase á Roma Mitridates, último premio de tantos combates y trabajos, ya que él mismo se habia venido á ellas y metido en el garlito; pues si se le cogiese, nadie tendria mas parte en esta gloria que el que hubiera impedido su fuga, y le hubiera echado mano al quererle escapar; y el vencimiento se atribuiria á entrambos, al uno por haberle lanzado de la tierra, y al otro por haberle vedado el paso del mar, sin lo cual los tan celebrados triunfos conseguidos por Sila en Orcomene y en Queronea no les merecerian á los Romanos consideracion ninguna. Y en verdad que estas reflexiones eran muy puestas en razon, no habiendo nadie á quien se oculte que si entonces Luculo, que no se hallaba lejos, se hubiera prestado á los ruegos de Fimbria, y acudiendo con sus naves hubiera cerrado el puerto con su escuadra, habria tenido término aquella guerra y todos se habrian puesto fuera del alcance de infinitos males; pero bien sea que antepusiese á todo bien privado y comun el mantenerse fiel á Sila, ó bien que no quisiese dar oídos á un hombre abominable como Fimbria, manchado por disputa de mando con la sangre de un general y amigo suyo; ó bien finalmente que por disposicion superior se hubiera reservado para sí á Mitridates, manteniendo en vida á este antagonista, lo cierto es que no condescendió. Así le proporcionó á Mitridates el poder evadirse por mar, y burlarse de todo el poder de Fimbria; y él entonces lo primero que hizo fue batir y destrozar las naves del Rey que se habian aparecido en el promontorio Lecto de la Troade; y despues viendo que Neoptolemo navegaba con mayor aparato por la parte de Tenedos, se adelantó alla él solo, montando una galera ro-



dia de cinco órdenes, de la que era capitán Demágoras, hombre muy adicto á los Romanos, y muy ejercitado en los combates navales. Movi6 Neoptolemo con grande ímpetu, y como diese órden al timonero de que dirigiera para un fuerte choque, temiendo Demágoras el peso de la nave real y la punta de su bronceado espolon, no se atrevió á oponérsele de proa sino que dando prontamente la vuelta, maniobró para que el choque fuese por la popa, con lo que el golpe que por aquella parte recibió fue sin daño alguno, por haber recaído en la parte de la nave metida en el agua. Llegaron en esto los suyos, y dando órden Luculo para que su nave se volviese de frente, despues de haber ejecutado hazañas dignas de memoria, obligó á huir á los enemigos, y se puso en persecucion de Neoptolemo.

Uniéndose desde allí con Sila en el Quersoneso, cuando ya este se proponia regresar, le proporcionó un viaje seguro y trasportes para el ejército. Como despues de hechos los tratados y de retirado Mitridates al Ponto Euxino, hubiese Sila impuesto al Asia veinte mil talentos, parece que fue para las ciudades un alivio de la severidad y aspereza de Sila el que en un encargo tan duro y desagradable se les mostrase Luculo, no solamente integro y justo, sino tambien afable y benigno. A los de Mitilene que se habian pasado al otro partido, tenia determinado guardarles cierta consideracion, y que fuera suave el castigo por lo que habian hecho en favor de Mario; pero hallándolos irreducibles, marchó contra ellos, y vencéndolos en batalla, los encerró dentro de sus murallas. Habiales puesto sitio; pero de dia y muy á su vista navegó para Elea; y volviendo despues sin ser visto ni advertido, se puso cerca de la ciudad en asechanza; y como los Mitileneos saliesen sin órden y sumamente confiados á apoderarse de un campamento que suponian abandonado, cayendo sobre ellos, hizo prisioneros á la mayor parte, y de los que se defendieron mató unos quinientos, habiendo sido seis mil los cautivos, é inmenso el botin que les tomó. Así detenido en el Asia, por una disposicion al parecer divina, para desempeñar estos encargos, ninguna parte tuvo en los muchos y diversos males con que Sila y Mario

afligieron entonces á los habitantes de toda la Italia; y sin embargo no mereció á Sila menor aprecio que los demas de sus amigos; antes le dedicó por afecto, como hemos dicho, la obra de sus comentarios, y al morir le nombró tutor de su hijo, no haciendo cuenta de Pompeyo; lo que parece haber sido el primer motivo de desavenencia y de zelos entre estos dos jóvenes, inflamados igualmente del deseo de gloria.

Poco despues de la muerte de Sila en la Olimpiada ciento y setenta y seis fue nombrado cónsul con Marco Cota; y habiendo muchos que trataban de remover la guerra mitridática, dijo Marco que no estaba dormida, sino sondormida solamente; por lo cual como en el sorteo de las provincias le hubiese cabido á Luculo la Galia Cisalpina, lo sintió vivamente, porque no podia ofrecer ocasion para grandes empresas. Mortificábale sobre todo el que Pompeyo iba ganando en España una aventajada opinion, y podia tenerse por cierto que si daba glorioso término á la guerra española, al punto se le nombraria general contra Mitridates. De aquí es que pidiendo este caudales, y escribiendo que si no se le facilitaban, abandonaria á la España y á Sertorio, pasando á la Italia con todas sus fuerzas, Luculo contribuyó con el mayor empeño á que se le enviasen, para quitar aquel motivo de que volviese durante su consulado, no dudando de que en la ciudad todo estaria á su devocion si en ella se presentase con un ejército tan poderoso. Ademas de que Cetego, árbitro entonces del gobierno, no por otra causa sino porque en cuanto hacia y decia no llevaba otra mira que la de complacer, estaba particularmente enemistado con Luculo, por cuanto este habia desacreditado su conducta cubierta de amores inhonestos, de liviandad, y de toda especie de desórdenes. A este pues le hacia guerra abierta; á Lucio Quincio, otro de los demagogos declarado contra las providencias de Sila, y que estaba dispuesto á turbar todo el órden establecido, ora mitigándole en particular y ora advirtiéndole en público, logró apartarle de aquel propósito, y sosegó su ambicion manejando política y saludablemente el principio de un gravísimo mal.



Vino en esto la noticia de haber muerto Octavio, que gobernaba en la Cilicia; y siendo muchos los que aspiraban á aquella provincia y que por tanto hacian la corte á Cetego, como que era el que habia de tener el mayor influjo para conferirle, Luculo por la Cilicia misma no hubiera hecho gran diligencia; pero echando cuenta con que si la alcanzaba, hallándose cerca la Capadocia, ninguno otro seria enviado á la guerra contra Mitridates, no dejó piedra por mover para que no le fuese arrebatada por otro la provincia; y aun compelido de esta necesidad, pasó contra todo su genio por una cosa nada decente ni laudable, aunque sí muy útil para su objeto. Habia entonces una tal Precia de nombre, de las mas celebradas en la ciudad por su belleza y cierta gracia, sin que en lo demas se diferenciase mucho de las otras que ejercian su infame profesion. Solia valerse de los que la frecuentaban y tenian trato con ella para los negocios y sollicitudes de sus amigos; con lo que añadiendo á las demas dotes la de parecer buena y diligente amiga, alcanzó bastante influjo. Sobre todo cuando logró atraer y tener por su amante á Cetego, que era el de mas nombre y el que todo lo podia en la ciudad, entonces puede decirse que se pasó á ella todo el poder; porque nada se hacia en la república sin que Cetego lo dispusiese y sin que Precia lo obtuviera de Cetego. Ganándola pues Luculo con dádivas y agasajos (ademas de que para una mujer vana y orgullosa era ya grande premio el que la vieran interesada por Luculo), tuvo ya este á Cetego por su panegirista y por su agente para alcanzar la Cilicia. Una vez conseguida, ya no hubo menester para nada ni á Precia ni á Cetego, sino que todos á una pusieron en su mano la guerra mitridática, como que no habia otro que pudiera administrarla mejor: hallándose todavia Pompeyo enredado en la guerra con Sertorio, y no estando ya Metelo para tamaña empresa á causa de su edad, que eran los dos únicos que podia tener Luculo por dignos rivales para aquel mando. Con todo su cólega Cota obtuvo á fuerza de instancias del Senado que se le enviara con una escuadra á defender la Propóntide y proteger la Bitinia.

Luculo, teniendo consigo una legion ya formada, partió con

ella al Asia, donde se entregó de las demas tropas que allí existian; las cuales todas estaban corrompidas con el regalo y la codicia; y ademas las llamadas Fimbrianas, por la costumbre de la anarquía y el desórden, habian perdido enteramente la disciplina; porque estos mismos soldados eran los que con Fimbria habian dado muerte á Flaco, cónsul y general, y los que despues habian puesto á Fimbria en manos de Sila: hombres insubordinados y violentos, aunque por otra parte buenos militares, sufridos y ejercitados en la guerra. Con todo Luculo en muy breve tiempo supo contener la insolencia de estos, y traer á los otros al órden; pues segun parece hasta entonces no habian servido bajo el mando de un verdadero general, sino que se les habia lisonjeado y dejado hacer su gusto para mantenerlos en la milicia. Por lo que hace á los enemigos, su estado era el siguiente: Mitridates, á la manera de los sofistas, al principio ostentoso y hueco, se habia presentado contra los Romanos con unas tropas endeblen en sí, aunque brillantes y de grande pompa á la vista; pero despues de vencido y escarnecido, con este escarmiento cuando hubo de volver á la lid, ya ordenó y dispuso su ejército de manera que pudiera obrar y le fuese útil; porque removiendo de él la muchedumbre indisciplinada de gentes, aquellas amenazas de los bárbaros, hechas en diferentes lenguas, y el aparato de armas doradas y guarnecidas con piedras, mas propias para ser despojo del enemigo que para fortalecer al que las lleva, adoptó la espada romana; entretejió escudos espesos y fuertes; cuidó mas de que los caballos estuvieran ejercitados, que de presentarlos galanos; y de este modo formó en hueste romana ciento veinte mil infantes y diez y siete mil caballos, sin contar los cuatro de cada carro falcado; siendo estos en número de ciento; con lo cual, y con hacer que las naves no estuvieran adornadas de pabellones de oro y de baños y cámaras deliciosas para mujeres, sino pertrechadas mas bien de armas, de dardos y de toda especie de municiones, vino sobre la Bitinia, recibiendo otra vez con gozo las ciudades; y no solo estas, sino el Asia toda, que habia vuelto á experimentar los males pasados, por haberla tratado de un modo intolerable los exac-



tores y alcabaleros romanos; á los cuales Luculo echó de allí mas adelante como harpías que devoraban los mantenimientos; aunque por entonces se contentó con procurar hacerlos mas moderados á fuerza de amonestaciones, al mismo tiempo que sosegaba las inquietudes de los pueblos, pues para decirlo así, no habia uno que no anduviese agitado y revuelto.

El tiempo que Luculo dedicaba á estos objetos, túvole Cota por ocasion favorable para pelear con Mitridates, á lo que se preparó; y como por muchos se le anunciase que Luculo estaba ya de marcha con su ejército en la Frigia, pareciéndole que nada le faltaba para tener el triunfo entre las manos, á fin de que Luculo no participase de él, se apresuró á dar la batalla. Mas derrotado á un mismo tiempo por tierra y por mar, habiendo perdido sesenta naves con todas sus tripulaciones y cuatro mil infantes; encerrado y sitiado en Calcedonia, tuvo que poner ya en Luculo su esperanza. Habia quien incitaba á Luculo á que sin hacer cuenta de Cota, fuera mucho mas adelante para tomar el reino de Mitridates mientras estaba indefenso: este era sobre todo el lenguaje de los soldados, los cuales se indignaban de que Cota no solo se hubiera perdido á sí mismo por su mal consejo, sino que además les fuese á ellos un estorbo para vencer sin riesgo; pero arengándoles Luculo, les dijo, que mas queria salvar del poder de los enemigos á un Romano, que tomar todo cuanto pudieran tener aquellos. Asegurábale Arquelao, general en la Beocia de Mitridates, pero que despues se habia pasado á los Romanos y militaba con ellos, que con dejarse ver Luculo en el Ponto seria inmediatamente dueño de todo; mas respondióle que no haber de ser él mas tímido que los cazadores, para que teniendo las fieras á la vista se hubiera de ir á perseguir sus madrigueras; y en seguido movió contra Mitridates con treinta mil infantes y dos mil y quinientos caballos. Puesto ya á vista de los enemigos, admirado de su número, determinó evitar la batalla y ganar tiempo; pero presentándosele Mario, general que habia sido por Sertorio enviado desde España con tropas en auxilio de Mitridates, y provocándole, se mantuvo en orden como para dar batalla;

y cuando apenas faltaba nada para trabarse el combate, de repente, sin mutacion ninguna visible, se rasgó el aire, y se vió un cuerpo grande inflamado caer entre ambos ejércitos, siendo en su figura semejante á una tinaja y en su color á la plata candente; lo que puso miedo á unos y á otros, y los separó. Dicese que este suceso ocurrió en la Frigia, en el sitio llamado Otrias. Luculo, reflexionando que no podia haber prevenciones ni riquezas que bastasen á mantener por largo tiempo tantos millares de hombres como Mitridates tenia reunidos, mandó que le trajesen á uno de los cautivos, y lo primero que supo de él fue cuantos camaradas eran en su tienda; y despues cuantos víveres habia dejado en ella: luego que le respondió, hizo que se retirara, y del mismo modo mandó comparecer al segundo y tercero, etc. Multiplicando luego la cantidad de provisiones por el número de los que las consumian, halló que á los enemigos no les quedaban víveres mas que para tres ó cuatro dias; por lo cual resolvió con mas justa razon ir dando tiempo, y acopió en su campamento cuantos víveres pudo recoger para acchar, estando él sobrado, el momento de escasez en los enemigos.

En esto Mitridates armó lazos á los de Cicico, maltratados ya de la batalla de Calcedonia, en la que habian perdido trece mil hombres y diez naves; mas queriendo que no lo entendiese Luculo, movió desde la cena una noche oscura y lluviosa, y se apresuró á poner su campamento al mismo rayar el dia en frente de la ciudad, junto al monte de Adrastia. Habiéndolo llegado á saber Luculo fué en su seguimiento, y teniéndose por contento con no dar desapercibido en manos de los enemigos, fijó sus reales en un territorio llamado Tracia, y en sitio perfectamente puesto respecto de los caminos y pueblos por donde y de donde necesariamente habia de surtirse de víveres Mitridates. Por tanto comprendiendo ya en su ánimo lo que habia de suceder, no usó de reserva con sus soldados; sino que acabado de establecer el campamento, y fenecidas las obras, los reunió sin dilacion; y arengándoles, les anunció con grande recocijo que en breves dias, sin necesidad de derramar sangre, les daria la victoria. Mi-



tridates poniendo por tierra en derredor de Cicico diez campamentos, y cerrando por la mar con naves el estrecho que separa la ciudad del continente, sitiaba por una y otra parte á los habitantes; alentados y resueltos por todo lo demás á sufrir los mayores trabajos por amor de los Romanos; y solamente inquietos por no saber donde paraba Luculo; y eso que le tenían al frente y bien á la vista; pero los de Mitridates los engañaron: porque mostrándoles á los Romanos que tenían ocupadas las alturas, ¿Veis aquellos? les dijeron; pues es el ejército de los Armenios y los Medos, enviado por Tigranes á Mitridates para darle auxilio. Sobrecogieron entonces al ver sobre sí tan formidable aparato de guerra, perdiendo hasta la esperanza de que aun cuando sobreviniese Luculo le quedara lugar por donde socorrerlos. Con todo Arquelao les envió á Demonacte y este fue el primero que les anunció hallarse á la vista Luculo. No queriendo darle crédito, por parecerles que aquella noticia la había inventado para no dejarlos sin algun consuelo, llegó oportunamente un jóven que estando cautivo había podido fugarse. Preguntaronle donde estaba Luculo; y él se echó á reír, creyendo que se burlaban; mas cuando vió que iba de veras, les mostró con el dedo el campamento de los Romanos, con lo que nuevamente cobraron ánimo. Al mismo tiempo estando la laguna Dascilitide llena de lanchas bastante capaces, hizo Luculo traer una á la orilla, y tirándola despues con un carro hasta el mar, colocó en ella cuantos soldados cupieron; y haciendo estos la travesía de noche, entraron en la ciudad sin que lo entendiesen los enemigos.

Hasta con prodigios fueron los de Cicico alentados por los Dioses, como complaciéndose de su valor, habiendo ocurrido entre otros el de que venida la fiesta de Proserpina les faltaba para el sacrificio la vaca negra, y formando una de harina, la pusieron sobre el ara, pero la vaca sagrada, que se había criado destinada para la Diosa, y que con los demás ganados de los de Cicico estaba pastando á la parte de afuera, en aquel mismo dia separándose de la manada se fué corriendo sola á la ciudad, y se presentó por sí misma al sacrificio. Aparecióse asimismo la Diosa entre sueños á

Aristágoras, maestro de niños del pueblo: « Y yo tambien vengo, le dijo, trayendo al flautista Africo contra el trompetero Pontico: di pues á los ciudadanos que tengan ánimo. » Maravilláronse los Cicicenos del aviso, y al amanecer se mostró ya el mar alterado, levantándose un viento incierto. A su primer soplo las máquinas del Rey, obras admirables del Tesaliano Nicónidas, arrimadas á los muros, con la agitación y el ruido anunciaron lo que iba á suceder; y luego dominando un austro de una fuerza increíble, en un momento destrozó todas las demás máquinas, y con el sacudimiento hizo tambien pedazos una torre que había de madera. En Ilio se refiere haber sido Minerva vista por muchos entre sueños cubierta de sudor y rasgado el peplo, diciendo que entonces mismo venia de ayudar á los Cicicenos; y los Ilienses mostraban una columna que contenia los decretos é inscripciones relativas á este asunto.

A Mitridates, mientras que fascinado por sus generales no echó de ver el hambre que afligia á su ejército, le mortificaba el que los Cicicenos fuesen esquivando los efectos del sitio; pero despues repentinamente decayó de su ambicion y de su orgullo, cuando se enteró de las privaciones de sus soldados, que llegaban hasta el extremo de comer carne humana; porque Luculo no hacia la guerra galanamente y por ostentacion, sino como dice, el proverbio, encaminándola al vientre y poniendo el mayor esmero en que por ninguna via pudieran llegarles víveres. Hallábase este ocupado en sitiar una fortaleza; y como se apresurase Mitridates á aprovechar la ocasion, y enviase á la Bitinia casi todos los de caballería con los trenes, y de la infantería los inutilizados, llegándolo á entender Luculo, regresó en aquella misma noche al campamento; y á la mañana, sin embargo de hacer muy mal dia, llevando consigo diez cohortes y la caballería se puso en su persecucion, mojándose, y con gran incomodidad, tanto que muchos de los soldados cediendo al frio se le quedaron por el camino; pero con los otros alcanzó á los enemigos á las inmediaciones del rio Rundaco, y causó en ellos tal destroz, que las mujeres que habían acudido de Apolonia saquearon el bagaje, y despojaron á los muertos. Siendo



estos muchos, como se deja conocer, tomó seis mil caballos é innumerable muchedumbre de acémilas, cautivando todavía quince mil hombres, y á todos estos los presentó delante del campamento de los enemigos. No puedo menos de maravillarme de que diga Salustio que entonces vieron los Romanos camellos por la primera vez, no considerando que ya antes los habian de haber visto los que con Escipion vencieron á Antioco, y los que recientemente habian combatido con Arquelao junto á Oreomene y Queronea. Teniendo además Mitridates determinado huir con precipitacion, procuraba poner á Luculo estorbos y dilaciones á la espalda; para lo que despachó al capitán de navio Aristónico al mar de Grecia; pero en el mismo momento de hacerse á la vela se apoderó de él Luculo, y de diez mil aureos (1) que llevaba consigo, con el objeto de sobornar alguna parte del ejército Romano. En tanto Mitridates huyó hácia el mar, y los generales conducian el ejército; mas sorprendiéndolos tambien Luculo junto al rio Granico, y cautivó á la mayor parte, habiendo dado muerte á unos veinte mil. Dicese pues que de tantos millares de hombres como habian venido, así de los de guerra como de las demas clases fueron muy cerca de trescientos mil los que perecieron.

Luculo lo primero que hizo fué dirigirse á Ciceo, donde gozó del placer y buen recibimiento que era consiguiente; y despues para reforzar su armada recorrió el Helesponto. Llegado á la Troade, se albergó en el templo de Vénus y aquella noche despues de recogido le pareció tener presente á la Diosa, y que le decia:

Iracundo Leon, ¿tú estas dormido  
Cuando tan cerca tienes á los ciervos?

Levantándose pues y convocando á sus amigos todavía de noche, les refirió su ensueño. Al propio tiempo llegaron unos de Ilio dándole aviso de haberse dejado ver trece galeras de cinco órdenes de las del Rey hácia el puerto de los Griegos que se encaminaban á Lemnos. Hízose sin dilacion al mar y las tomó, dando muerte á Isidoro su comandante; y en se-

(1) El aureo romano era la cuarta parte de una onza de oro.

guido fué en persecucion de los demas gefes. Hallábanse sus naves ancladas, remolcándolas hácia tierra, peleaban desde cubierta, causando gran daño á las de Luculo, porque el lugar no permitia envolver á las de los enemigos, ni tampoco combatir las de cerca con naves á flote, mientras que estas estaban pegadas á tierra y bien aseguradas. Con todo por la única parte de la isla por donde habia paso, aunque difícil, destacó algunas tropas escogidas, las cuales cayendo por la espalda sobre los enemigos, á unos les dieron muerte, y á otros los precisaron á picar cables para huir de la tierra; pero chocando unas naves con otras, vinieron á meterse entre las de Luculo: así fueron muchos los que perecieron; y con los cautivos fue traído uno de los generales de Sertorio llamado Mario. Era tuerto, y se habia dado desde luego la órden á los que navegaban al mando de Luculo de que no quitaran la vida á ningun tuerto, á fin de que recibiera una muerte llena de ignominia y afrenta.

Desembarazado de este incidente, se apresuró á ir en persecucion del mismo Mitridates: porque esperaba encontrarlo en la Bitinia detenido por Boconio, á quien él habia enviado hácia Nicomedia con algunas naves para molestarle en su fuga; pero Boconio se habia retrasado en Samotracia, con motivo de iniciarse y celebrar los misterios; y á Mitridates, que navegaba con su armada, y se daba priesa por llegar al Ponto antes que volviese Luculo, le sobrecogió una terrible tormenta, con la que unas naves se le desaparecieron y otras se le fueron á pique. Toda la costa se vió por muchos dias cubierta de despojos de naves arrojadas á la orilla por las olas; y como el transporte en que él mismo navegaba no pudiese ser traído á tierra por los pilotos á causa de la gran borrasca, y de estar las olas tan enfurecidas, ni tampoco aguntar en el mar por ser muy pesado y hacer agua, trasladándose á un buque de los de corso, y poniendo su persona á merced de los piratas, por un modo increíble y extraño, aportó salvo á Heraclea del Ponto. No le salió pues mal á Luculo la jactancia de que usó ante el Senado: porque habiendo decretado este que con tres mil talentos se dispusiese la armada para aquella guerra, se opuso á ello,



mandando cartas en que se gloriaba de que sin tantos gastos y preparativos arrojaría del mar á Mitridates con solas las naves de los aliados; lo que así cumplió con el auxilio de los Dioses: porque se dice haber sido para los del Ponto aquella tormenta castigo de Diana Priapina, por haber saqueado su templo y robado su imágen.

Aconsejaban muchos á Luculo que dilatase la guerra; pero no dándoles oídos, marchó por la Bitinia y la Galacia hácia la tierra del Rey; tan desprovisto al principio de víveres que le seguían treinta mil Gálatas, llevando cada uno una fanega de trigo al hombro; mas yendo adelante, y apoderándose de todo el terreno, llegó á ser tal la abundancia, que en el campamento se compraba un buey por una dracma y un esclavo por cuatro; y no teniendo todo el demás botín en ningún precio, unos lo abandonaban y otros lo destruían; pues no podía haber permutas cuando todos estaban sobrados. Mas como ninguna otra cosa hiciesen que correr y devastar el país hasta Tesmiciras y las regiones del Termodonte, culpaban á Luculo de que se le iban entregando las ciudades; y no tomando ninguna á viva fuerza, los privaba de poder utilizarse con el saqueo: « Porque ahora, decían, haciéndonos pasar de largo de Amiso, ciudad opulenta y rica, que no era grande obra el tomarla si alguno le pusiera sitio, nos conduce á los desiertos de los Tibarenos y los Caldeos á hacer la guerra á Mitridates. » Pero en estas cosas no hacía alto Luculo ni le merecían atención, porque no creía que los soldados se propasasen al extremo de locura que despues se vió; y solo daba razón de su conducta á los que le acusaban de morosidad por detenerse tanto tiempo en ciudades y lugares de ninguna consideración, dejando que entre tanto se acrecentara el poder de Mitridates. « Juntamente, les decía, es esto lo que yo quiero, y de intento me detengo en este país dando lugar á que aquel se engrandezca de nuevo, y reúna una fuerza respetable, para que así aguarde y no huya á nuestra llegada. ¿Acaso no veis como ha dejado en pos de sí sin vestigio ninguno, unos vastísimos desiertos? Pues ya cerca de aquí está el Cáucaso y otros muchos montes espesísimos, capaces de contener y ocultar mi-

llares de Reyes que hagan la guerra de montaña. De los Cabiros son bien pocas las jornadas que hay hasta la Armenia, y en esta tiene su residencia Tigranes, Rey de Reyes, con tan poderosas fuerzas, que con ellas repele á los Partos del Asia, traslada ciudades griegas á la Media, y se deshace de los Reyes que vienen de Seleuco, llevándose robadas sus hijas y sus mujeres. Pues con este tiene deudo Mitridates, como que es su yerno: por tanto no es de creer que si le suplica, lo abandone; sino que nos moverá guerra; y si nos empeñamos en perseguir á Mitridates, corre peligro que traigamos sobre nosotros á Tigranes, que ya hace tiempo anda buscando motivos, y aprovechará este que se le presenta de verse en la precisión de auxiliar á uno que es Rey y su pariente. ¿Pues porque hemos de ser nosotros los que lo preparemos y los enseñemos á Mitridates, que no lo advierte quiénes son aquellos con quienes ha de venir á combatirnos? ¿Por qué cuando él no piensa en ello lo hemos de precisar á echarse en brazos de Tigranes? ¿No es mejor que le demos tiempo para que se robustezca y refuerce con los suyos, viniéndonos á hacer la guerra con los Colcos, Tibarenos y Capadocios, á quienes hemos vencido muchas veces, que no con los Medos y los Armenios. »

Discurriendo de esta manera Luculo, se detuvo á la vista de Amiso, poniéndole remisamente sitio; y despues de pasado el invierno, dejando á Mureña para continuar aquel, marchó contra Mitridates, que habia situado en los Cabiros, y pensaba ser ya superior á los Romanos, por haber reunido bastantes fuerzas, consistentes en cuarenta mil infantes y cuatro mil caballos, que era en los que principalmente tenia su confianza: pasando pues el río Lico, provocaba á los Romanos á descender á la llanura. Trabóse un combate de caballería, en el que estos dieron á huir, habiendo quedado prisionero, á causa de hallarse herido, Pomponio, varón muy principal, que fué llevado ante Mitridates muy mal parado de sus heridas; y como le preguntase el Rey, si dejándole ir salvo seria su amigo: Sí, le respondió, como hagas la paz con los Romanos; pero sino, enemigo; de lo que admirado Mitridates, ningún daño le hizo. Llegó Luculo á temer del ter-